

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Manuel Granell. ORTEGA Y SU FILOSOFÍA. Revista de Occidente, Madrid, 1960. 209 pp.

La serie de trabajos reunidos en el volumen que ahora comentamos —nos advierte el autor— fueron escritos de manera ocasional y sin la intención de agruparlos luego ordenadamente. Repartidos en publicaciones diversas, seguramente se habrían perdido en el correr de los años, privándonos así de esta galería de instantáneas cromáticas y perfiladas radiografías sobre el discutido filósofo español.

Granell ha visto la conveniencia de que tal cosa no suceda y se ha apresurado a darnos el libro que comentamos. Había que salvar del olvido dichos papeles, sobre todo después de desaparecido Ortega. Algunos de los trabajos fueron escritos antes de la muerte del filósofo (1955), correspondiendo los demás a un período posterior. La fecha de aparición figura al pie de cada uno de ellos.

Sin participar explícitamente en la destemplada contienda que, sobre la doctrina orteguiana —o más propiamente sobre su confesión religiosa— se desató en España una vez muerto el filósofo, el libro de Granell pone un punto de claridad y, sobre todo, de buen sentido en el asunto. El clero peninsular había alzado su voz para anatemizar al soberbio pensador. De otro lado, los marxistas, dogmatizados con su mesianismo sobre el mejor de los mundos posibles y por sus doctrinas económicas, inscribieron los escritos del filósofo, sobre todo *La rebelión de las masas*, en el *Index librorum prohibitorum* del Kremlin.

Los defensores de Ortega —algunos de ellos discípulos suyos— tampoco han demostrado mayor acierto en la desmesura-

da exaltación que han hecho del maestro. No es del caso entrar a analizar estos escritos, pero lo evidente es que de algunas frases de Ortega —e insistiendo tercamente en no hacerlo así— han pretendido extraer una serie de consecuencias metafísicas en las que sin duda alguna jamás pensó el genial español. ¿Por qué había de pensar Ortega en lo que buenamente quieren sus discípulos? Ortega pensó y escribió sobre muchas cosas —quizás demasiadas— para que todavía se le adjudique una falsa paternidad —y, como tal, desdolorosa sobre ideas que sólo a otros les fue dado madurar y desarrollar consecuentemente.

Granell, que cuenta entre el crecido número de los discípulos de Ortega, no asume actitud polémica alguna. Los trabajos reunidos en el volumen que comentamos fueron escritos al calor de diversas circunstancias, pero sin tomar partido sobre lo que se haya dicho en torno a la figura del maestro. La rápida semblanza, la reveladora anécdota, alternan con estudios breves sobre las ideas más genuinas del pensador hispano. Así, desfilan en apretados comentarios sus conocidas tesis sobre la circunstancia, la razón vital, la historia, etc., iluminadas por el recuerdo de menudos acontecimientos de la vida universitaria de Madrid. El perfil del filósofo en tanto profesor que seduce socráticamente al auditorio, que sabe inquietar por los problemas y asombrar parejamente, nos coloca frente a un Ortega que no aparece en sus libros. No porque éstos no sean seductores e inquietantes. Tampoco porque no aparezca en ellos la intención de asombrar. Antes bien, Ortega no puede disimular su empeño en atraparnos, aunque sea valiéndose de la paradoja, la que algunas veces el lector atento puede adivinar con sobrada facilidad. Precisamente extraña esta cualidad del profesor de

seducir al público, porque se la ve como una trampa armada al descubierto, para que caiga dentro de ella el que a sabiendas a í lo quiera. Es más, los escritos de Ortega, si bien casi todos fueron resultado de sus cursos y conferencias, dedican demasiado espacio a estas trampas retóricas. A veces da la impresión de llegar a sacrificar el fondo por la forma. Uno de sus mejores conocedores, Juan David García Bacca, dice que su sistema está hecho "de carne viviente, seductora, graciosamente esplendorosa, incitante y tentadora cual la de la mujer más bella." Ortega lo sabe demasiado bien, y no deja escapar la menor oportunidad para exhibirse al desnudo, haciendo resaltar sus formas bajo el tenue ropaje de sus encajes retóricos. De ahí su aversión hacia el lenguaje académico. Piensa que el filósofo debe extremar para sí propio el rigor cuando investiga sus verdades, pero que al emitirlas "debe huir del cínico uso con que algunos hombres de ciencia se complacen, como Hércules de feria, en ostentar ante el público los bíceps de su tecnicismo." Ortega es tan ostentoso, sin embargo, como aquellos científicos de abultados músculos, por más que los propios estén hechos de más delicada estofa. Cabe, de todos modos, una atenuante para juzgar este exceso de frases tan bien compuestas. Cuando muy tempranamente Ortega empezó su vida de escritor, allá por los años de 1908, la filosofía brillaba por su ausencia en España. Para despertar el interés hacia ella había que ofrecerla en términos accesibles y en un lenguaje que, sin perder el indispensable rigor, pudiera concitar la atención de un público nada habituado a su ejercicio. De esta suerte podemos decir que Ortega echó las bases de una terminología que, poco a poco, se ha vuelto familiar en los medios filosóficos de España y América. La hazaña no es de poca monta, y por sí sola basta para consagrar a un hombre.

Merece especial interés el estudio que titula Granell "El sistema de Ortega". Y lo merece por significar una apreciación novedosa del filósofo. Desde Hartmann se ha acostumbrado a distinguir dos actitudes distintas en la faena filosófica: la problematista y la sistemática. Siempre consideramos a Ortega dentro de la primera. Pero Granell va a sostener explícitamente la tesis de que "hay un sistema en Ortega". Para fundamentarla echará mano de algunos escritos juveniles del maestro, en los que confiesa que un hábito mental lo ha impelido siempre a ver todos los asuntos sistemáticamente. "Creo que entre las tres o cuatro cosas inmoviblemente ciertas que poseen los hombres —escribió ya en 1908— está aquella afirmación hegeliana de que la verdad sólo puede existir bajo la figura de un sistema." Y, poco después, aunque reconociendo que cabe, naturalmente, no tener listo un sistema, afirmó taxativamente: "El sistema es la honradez del pensador." Conviene recordar la opuesta tesis de Nietzsche, que reza así: "Atreverse a construir un sistema es falta de honestidad".

Granell se dedica luego a mostrar los fundamentos del sistematismo orteguiano a través de algunas de sus ideas centrales, tales como las de la vida y la historia, que sirven de eje al mismo. Resulta indudable que el autor se ha visto en serios apuros para lograr su intento. De todos modos lo ha conseguido sólo a medias. Consciente de ello, Granell concluye dicho estudio presentándolo como "muy siglo xx... abierto a la colaboración y al porvenir." Por ese "abierto" se escapa el sistema y nos quedamos con el problema. Pero ello no afecta en ningún caso a la importancia del pensamiento orteguiano, y apenas al intento frustráneo de su sistematizador. En un libro que aborda tan variadas perspectivas del maes-

tro, no es un azar que algunas de ellas —coincidentalmente las más atrevidas— nos dejen ciertas hesitaciones que pueden resultar fructíferas si son capaces de conducirnos a nuevos planteamientos de la cuestión.

MANFREDO KEMPF MERCADO.

Bertrand Russell. NUEVAS ESPERANZAS PARA UN MUNDO EN TRANSFORMACIÓN. Ed. Hermes, Buenos Aires, 1953, 246 pp.

En este crudo libro, el insigne filósofo inglés traza un cuadro dramático del momento que vive la humanidad en la hora actual. El problema de la crisis contemporánea ya ha merecido la atención de parte de pensadores de la talla de Scheler, Heidegger, Marcel y Ortega. Esto, en el plano filosófico, ya que en el social y político apenas si existen trabajos que no se desarrollen al hilo de la conciencia de dicho problema central. La sola lectura de los títulos en cualquier escaparate de librería nos advierte de la preeminencia que el motivo de la crisis —bien o mal entendida— se ha asegurado en la producción escrita. Y, descendiendo a otros niveles, hasta llegar al del periodismo, veremos el eco deformado que esta grave cuestión provoca al estereotiparse en sensacionales profecías sobre la proximidad de la catástrofe.

El libro de Russell se halla a cubierto de cualquier exceso proveniente de la fantasía. Y no por falta de ésta: Russell la tiene y sabe aprovecharla cuando nos transporta a los comienzos de la vida humana primitiva. Naturalmente que ésta no constituye la parte más valiosa de su trabajo. Más bien parece haber sido escrita para ofrecer un gran cuadro de conjunto del mundo, sobre el que después proyectará la sombra de las graves responsabilidades que pesan sobre las generaciones presentes.

La lectura de la obra, contra lo que se podría suponer, proviniendo de uno de los más afamados cultivadores de la lógica simbólica, no ofrece dificultad alguna a los no iniciados en este simbolismo que pretende reducir la filosofía a sus esquemas. Nada de eso; Russell, ni siquiera emplea el *pathos* filosófico que vanidosamente gustan lucir algunos profesores aun en tanto se ocupan de temas ajenos a la problemática filosófica. Consiguiendo, las citas en esta materia son escasas, y sólo aparecen en la medida en que con propiedad vienen a cuento. De ahí que el resultado sea un libro de un gran filósofo para los no filósofos. La autoridad del autor lo pone sí a salvo de que pueda ser confundido con divagaciones de tipo literario, pues en los tópicos que desarrolla encontramos la honddura y el rigor del hombre habituado a la meditación más severa.

La obra en cuestión es una advertencia lanzada contra los directores de la política mundial, y un análisis, desesperado a ratos, de la verdadera condición de la naturaleza humana. Los breves chispazos de optimismo que iluminan algunas de sus páginas no logran rasgar el denso velo de su visión apocalíptica del futuro. Pero no es este libro, como pudiera creerse de primeras, un émulo del sensacionalista compendio de Oswald Spengler, *El hombre y la técnica*, por más que ambos constituyan casos ejemplares de la literatura de postguerra. Spengler se limita a desarrollar una teoría sobre el hombre y la cultura, de tipo naturalista, hecha a su amaño y bajo la impresión de la derrota sufrida por la Alemania guerrera en 1918, derrota que interpreta como el comienzo del fin de la cultura fáustica. El filósofo inglés, aunque también se ocupa del hombre, considerado sí "como un solo ser con una sola biografía", se cuida de los arrebatos nacionalistas y racistas que Spengler recogiera de la negativa influencia de